

de gotas. Si enfriamos suficientemente cualquier gas, éste tiene forzosamente que transformarse en líquido.

Ahora bien, la parte de la tierra que se enfrió más rápidamente, no debió ser la parte caliente interior—la que se supone que actualmente consiste en gases—sino que sería la más próxima a la superficie. Toda materia apta para convertirse en líquido, sufriría esta transformación y por razón de su propio peso, sería atraída hacia el centro del globo; mientras que la clase de materia semejante al aire de hoy día, el cual no es tan apto para licuarse, quedaría donde estaba.

Las mareas ígneas que rodaban por la tierra en otros tiempos

Podemos, por tanto, imaginarnos la tierra como un núcleo de gas caliente, una capa de líquido encima del mismo, y sobre éste, una capa de gas frío o aire. Pero las partes de materia que se habían licuado se convirtieron pronto en sólidas, o, más bien, pasaron a un estado parecido al de un aceite muy espeso.

Ahora bien, debe recordarse que, durante todo este tiempo, la tierra giraba alrededor de su eje, como un trompo, tal como lo ha hecho siempre, y como lo hace actualmente. También debe tenerse presente que el sol atraía a la tierra con toda la fuerza de que es capaz, por efecto de la gravitación, y que la materia líquida más próxima al sol, era susceptible de ser atraída por éste, o acumulada en la superficie de la tierra. Pero, puesto que un mismo punto de la tierra nunca se halla frente al sol por largo tiempo, esta acumulación de líquido sobre la superficie, semejaría más bien una ola recorriendo la tierra. Esta gran ola movediza sería muy parecida a las actuales mareas, cuyos movimientos y efectos todos conocemos. Únicamente, que esas primeras mareas producidas por el sol sobre la tierra, no eran mareas de agua fría, ya que es un hecho probado que entonces no había agua líquida sobre la tierra.

La tierra estaba demasiado caliente, y toda el agua que contenía flotaba en la atmósfera, en forma de gas, igual que el agua que despiden nuestro cuerpo al respirar. Las primeras mareas que rodaron sobre la tierra deben haber sido terribles, formadas por materia ígnea, como la lava que sale del cráter de un volcán y que al extenderse se enfría y se solidifica.

Cómo se desprendió la luna de la tierra en rotación

Es más probable que algo muy notable aconteció durante este tiempo. Los que han estudiado este asunto creen que un día, mientras esas mareas de lava rodaban alrededor de la tierra, parte de dicha materia se desprendió, como se desprenden las gotas de agua de un paraguas mojado cuando le imprime un movimiento de rotación. Es posible que saltaran al mismo tiempo dos grandes masas de materia, una de un lado del planeta, y otra del otro. Quizás ya por esa época, la superficie de la tierra se había enfriado lo suficiente para permitir la permanencia de los dos grandes agujeros ocasionados por tal pérdida, y algunos

suponen que tales agujeros son los que existen en la superficie de la tierra, y que fueron llenados por los mares. En aquel tiempo no se llenarían con agua porque la tierra estaba sin duda tan caliente, que toda el agua se hallaba en la atmósfera en forma de gas.

¿Pero, a dónde fue a parar la materia que se desprendió de la superficie de la tierra? Fácil es adivinarlo. Su forma al principio, como es natural, sería irregular; pero a medida que iba moviéndose y enfriándose, y como que sus partes se atraían mutuamente, obedeciendo a la ley de gravitación, se convertiría en redonda.

La distancia de la tierra a la luna, nuestra vecina más cercana

Seguramente con todas estas indicaciones, no es necesario decir ya que fue la luna lo que los sabios creen que se formó de la tierra de esa manera tan prodigiosa. Al principio debió estar nuestro satélite muy cerca de la tierra, y durante largo tiempo después, iría alejándose gradualmente. Pero, sin embargo, todavía está la luna bastante cerca de nosotros; aproximadamente a una distancia diez veces mayor que la circunferencia del planeta.

Cultura y Vida

Por NICOLAS BERDIAEFF

El filósofo y místico NICOLAS BERDIAEFF es uno de los grandes valores contemporáneos. A través de las páginas de sus numerosos libros, de fuerte y noble contenido, Berdiaeff dice de la urgencia de la integración de la persona interior por medio del retorno a credos y doctrinas que signifiquen, más que llamadas al odio y la lucha de clases, propósitos de unificación de éstas, presas hoy por hoy en las redes mecánicas de la civilización, forma exterior de una cultura que, al igual, necesita profundizar su vida y ponerla en contacto con las realidades absolutas. Los párrafos que siguen están tomados del libro "El Sentido de la Historia".

LA civilización es "burguesa" por esencia, en el profundo significado espiritual de esta palabra. La "burguesía", es, precisamente, el reino de la civilización. En ella se concentran todos los deseos de una dominación organizada para "disfrutar de la vida". El espíritu de la civilización es un espíritu burgués que parece agarrarse a todo lo percedero. El espíritu burgués detesta la Eternidad. La burguesía significa esclavitud y un odio a lo eterno.

La civilización europeo-americana, la más perfecta del mundo, ha creado el sistema industrial capitalista. Este sistema significó, no solamente un gran desarrollo económico, sino que también debe considerarse como una manifestación espiritual en el sentido de un exterminio de la espiritualidad. El capitalismo industrial de la civilización fue el

gran exterminador del espíritu de lo eterno y de lo sagrado. La civilización capitalista de los tiempos modernos mataba a Dios, fue una civilización por excelencia. Ella es la responsable del deicidio cometido y no el socialismo revolucionario, que tan sólo se adaptó al espíritu de la civilización burguesa, heredando sus cualidades negativas. Ciertamente es que la civilización industrial-capitalista no renegó definitivamente de la religión: se mostró indignada a aceptar la utilidad pragmática de la religión. La religión es simbólica en la cultura y pragmática en la civilización. La religión también puede resultar activa y eficiente en la organización de la vida, comunicándole nuevas energías. Pero la civilización es siempre pragmática, y esto nos explica por qué el pragmatismo goza de tanta popularidad en el país clásico de la civilización, es decir, en América. El socialismo negó el pragmatismo de la religión y defiende pragmáticamente el ateísmo, considerándolo más útil para el incremento de las energías vitales, para que el mayor número de seres humanos pudiera alcanzar el máximo grado de satisfacción y bienestar. Pero este pragmatismo utilitarista del mundo capitalista, al estar dirigido contra la religión llevó al hombre a la franca negación de toda divinidad en general, es decir, hacia la desolación espiritual. Un Dios útil y necesario, un Dios cuya misión sería contribuir a los éxitos de la civilización y al desarrollo de un régimen capitalista industrializado, no es posible que sea realmente una Divinidad verdadera. Un Dios así no resiste la crítica más que elemental. El socialismo está en lo cierto desde este punto de vista negativo. Dios religioso, Dios de la cultura simbólica se separó hace tiempo de la civilización capitalista.

La civilización industrial-capitalista se ha alejado de todo lo ontológico. Esta civilización es mecánica, antionológica, y sólo puede crear el reino de la ficción. La mecanización, el tecnicismo y el maquinismo de esta civilización son profundamente contrarios al organicismo, al cosmismo y al espiritualismo. No son los mecanismos ni la economía los que son ficticios, puesto que la economía y la economía política tienen sus fundamentos bien reales, y en el hombre existe realmente el imperativo del desarrollo económico. Lo que transforma la economía en algo ficticio y mecánico es la desespiritualización de los principios económicos y la creación de estos principios en fundamentos primordiales de la existencia.

El sistema industrial-capitalista de la civilización, destruye los fundamentos espirituales de la economía, y él mismo se prepara su ruina. El trabajo deja de ser espiritualmente consecuente y espiritualmente justificado, y se alza contra todo el sistema. La civilización capitalista halla un merecido castigo en el socialismo. Pero éste continúa la labor de la civilización. El socialismo no es más que otro aspecto de aquella misma civilización "burguesa", puesto que no hace más que desarrollar la civilización sin aportar ningún principio espiritual. El industrialismo de la civilización, de esa civilización ficticia y fantasmal, ineludiblemente conduce a la destrucción de la disciplina espiritual y aleja toda justificación espiritual del trabajo, preparando así su propio fracaso. La civili-

zación no es capaz de realizar su sueño de una dominación infinitamente incrementada.

Esa torre de Babel jamás podrá ser terminada. La Gran Guerra mundial nos ofrece el espectáculo del fracaso de la civilización europea. Fue el derrumbamiento del sistema industrial, de todas esas ficciones que alimentaron a la sociedad "burguesa". Esta es la trágica dialéctica del destino histórico. Esta dialéctica domina tanto en la cultura como en la civilización. Nada en el mundo puede concebirse estáticamente; todo ha de ser comprendido dinámicamente. Es así como llegamos al convencimiento de que en el destino histórico todo tiende a transformarse en su "opuesto", ya que todo contiene contradicciones íntimas y lleva en sus entrañas la simiente de lo perecedero.

El imperialismo es otro producto técnico de la civilización. Es un mudo deseo de dominación mediante una organización secular de la vida. El imperialismo está estrechamente unido al sistema capitalista industrial y es tecnicista por esencia. Este es el imperialismo "burgués" de los siglos XIX y XX, representado por los imperialismos inglés y alemán, que debe distinguirse del imperialismo religioso de los tiempos antiguos del Imperio Romano y del Imperio religioso bizantino, que tenían un fondo simbólico, perteneciendo a la cultura y no a la civilización.

En el imperialismo se advierte claramente la ineludible dialéctica del destino histórico. En el afán imperialista de un poderío mundial se descomponen y pulverizan los cuerpos históricos de los Estados nacionalistas pertenecientes a las épocas de cultura. El Imperio británico significa la muerte de Inglaterra como Estado nacionalista. En la voluntad imperialista anida un principio de muerte. En su desenfrenado desarrollo el imperialismo destruye sus propios fundamentos y prepara él mismo su transformación en socialismo, el cual está penetrado igualmente por el espíritu de dominación mundana y de una organización social de la vida, que sólo significa un paso más por la escala de la civilización. Tanto el imperialismo como el socialismo, gemelos ideológicamente, significan una crisis profundísima de la cultura.

En esta época nuestra de capitalismo e industrialización, en que domina un imperialismo en vías de autodescomposición y nace el socialismo, se afianza cada vez más la civilización, mientras la cultura avanza hacia el ocaso. Mas esto no significa que muera definitivamente la cultura.

La cultura es eterna, en el significado profundo de la palabra. La cultura antigua clásica ha caído, muerta aparentemente. Y, sin embargo, continúa subsistiendo en nosotros, como una capa profundísima de nuestra existencia. La cultura sigue viviendo a través de nuestra época de civilización, pero subsistiendo no cuantitativa sino cualitativamente. La cultura se aleja, permaneciendo en unas capas históricas cada vez más profundas.

Con la civilización aparecen los síntomas de un proceso de barbarización y de embrutecimiento en que las formas pierden la perfección antaño lograda en las épocas de cultura. Y esta barbarización puede adoptar diversos aspectos. Después de la cultura clásica de Grecia hubo la civilización romana, que preparó la época de barbarie de los

primeros tiempos de la Edad Media. Aquella fue una barbarie derivada de la naturaleza elemental. Fue originada por la afluencia de nuevas grandes masas humanas llenas de sangre joven y que traían consigo el espíritu remoto de las selvas nortefías. Pero no es ésta la barbarie la que quizá corone la civilización europea.

La barbarie que nos espera será un producto de la civilización, una barbarie que olerá a máquina y no a selva. Será el triunfo de la barbarie contenida en la técnica misma de la civilización. En la civilización se agotan las energías espirituales y se apaga el espíritu, esta fuente verdadera de cultura. Y, entonces, el espíritu humano, en vez de estar dominado por las fronteras naturales y bárbaras, en el sentido noble de este término, cae en poder de la máquina, y de la mecánica, que transforman a su manera toda la existencia real y verdadera.

La civilización fue engendrada por el afán del hombre de una "vida real" de una "dominación real del mundo", de una "felicidad real", en franca oposición con los principios simbólicos y contemplativos de la cultura. Éste es uno de los caminos, que, partiendo de la cultura, nos conduce a la "vida" técnica y realista. Y el hombre ha tenido que avanzar ineludiblemente por este camino, llegando al pleno desarrollo de sus energías "técnicas". Pero en el término de esta ruta no hallará una existencia verdadera. Siguiéndola sólo avanza a la destrucción de toda semblanza humana.

Por otro lado, quiero admitir que en el interior mismo de la cultura quizá puede aparecer un deseo de "vivir" muy distinto. La civilización con sus trágicas contradicciones no es el único camino que se presenta ante la cultura, que también puede llevarnos a una existencia realmente elevada. Pueden establecerse cuatro estados diferentes en el destino histórico de la Humanidad: la barbarie, la cultura, la civilización y la regeneración religiosa. Pero estos estados no deben admitirse únicamente siguiendo un orden estrictamente cronológico. Estos estados de conciencia pueden coexistir perfectamente. Ninguno de ellos ha predominado en las distintas épocas históricas. En los tiempos de clasicismo griego, así como durante el período de la civilización romana, ya se iban formando los principios que debían conducir al hombre a su regeneración religiosa. Y fue entonces cuando apareció el cristianismo.

Esta doctrina se manifestó primeramente como una regeneración de la vida, que fue elevándose espiritualmente. Y esta regeneración era realmente milagrosa, estaba rodeada de milagros y efectivamente los realizaba. El deseo de milagro siempre va unido al deseo de una regeneración.

Mas también vemos cómo el cristianismo, en su destino histórico, fue pasando sucesivamente a través de la barbarie, de la cultura y de la civilización. El cristianismo en su destino histórico tuvo significados muy distintos. Durante las épocas de cultura, el cristianismo había sido marcadamente simbólico y se exteriorizaba simbólicamente; en la civilización el cristianismo fue especialmente pragmático y se transformó en un medio para incrementar los procesos vitales, constituyó la

técnica de la disciplina espiritual. Pero al llegar a la cumbre de la civilización comenzó a extinguirse el deseo del milagro. El cristianismo de la civilización aún profesa la tibia fe en los milagros de antaño, pero sin esperarlos ya, sin fe alguna en un milagro del presente. Pero esta fe ha de llegar. Hemos de recobrar la fe en un milagro regenerador. Hemos de creer firmemente en la regeneración orgánica religiosamente espiritual y no en una regeneración técnica y mecánica.

Esta fe ha de llegar necesariamente señalándonos una nueva ruta, que partiendo de esta cultura agonizante nos llevaría hacia la verdadera "vida". Y este nuevo camino será muy distinto del que nos ha impuesto la civilización. La religión no puede relegarse al término último de la existencia. La religión ha de alcanzar esa regeneración leal y ontológica de la vida, que la cultura sólo nos indica simbólicamente y que boceta técnicamente la civilización. Pero es posible que para ello tengamos que atravesar aún un período de civilización etérea.

Rusia fue un país extraño, misterioso, incomprendido aun en su destino histórico. En el pueblo ruso dominó siempre la esperanza de una regeneración religiosa de la vida. Nuestro deseo de cultura fue dominado siempre por nuestro deseo de "vivir". Pero esta voluntad del pueblo ruso se manifestaba en dos direcciones muy distintas, aunque generalmente confundidas: por una parte se deseaba ardentemente una regeneración social mediante la civilización y, por otra, era un afán de regeneración religiosa de la vida, donde las esperanzas se cifraban en un milagro, capaz de cambiar el destino histórico de la Humanidad y particularmente el del pueblo ruso.

Hemos sufrido la crisis de la cultura sin haberla apurado. Puchkin y la época alejandrina, he aquí la cumbre de la cultura rusa. La gran literatura rusa y la filosofía rusa del siglo XIX ya no pueden considerarse como manifestaciones de cultura. Van dirigidas hacia la "vida", hacia una regeneración religiosa. Tal es el contenido de Cogol, de Tolstoi, de Dostoievsky, y también de V. Soloviev, de K. Leontiev, de N. Fedorov y de los demás pensadores filosóficos religiosos. Nuestras tradiciones culturales siempre fueron insuficientes y débiles. Y, por eso, creamos una civilización deforme.

En nuestro espíritu se manifestaron con demarcada violencia los elementos de barbarie. Todos nuestros anhelos de regeneración religiosa eran enfermizos.

En cambio, nuestra conciencia siente la crisis de la cultura y la tragedia del destino histórico. Y esta sensación espiritual es mucho más aguda y profunda en el pueblo ruso que entre los europeos occidentales.

El alma del pueblo ruso quizá haya conservado aún la propiedad de exteriorizar su deseo de una regeneración milagrosa. Necesitamos la cultura como todos los demás pueblos del mundo y habremos de atravesar necesariamente un período de civilización. Pero jamás estaremos tan encadenados, como los pueblos occidentales, por el simbolismo de la cultura, ni por el pragmatismo de la civilización.

La voluntad del pueblo ruso exige una limpieza espiritual y una estabilización. Mas antes hemos de sufrir una magna expiación.

Solamente entonces su voluntad, aplicada a la regeneración de la vida, le otorgará el derecho de determinar su destino histórico en este mundo nuestro.

Izquierdas y Derechas

Por E. GIMENEZ CABALLERO

E. GIMENEZ CABALLERO produjo, no hace mucho, un libro exaltado y místico en el que tras de avalorar las tesis de la bastardía, dice de la necesidad de España de marchar al encuentro de su genio. De sus fuertes páginas tomamos las siguientes consideraciones, precisamente porque ellas hablan de la urgencia del triunfo de programas totalistas.

PUES bien: si de esos espejos o índices espirituales—los Cervantes, Feijóes, Larras, Ganivetes, Costas, Unamunos y Ortegas—pasamos a la realidad política y nacional que les circundaba, encontraremos esa misma bastardía, esa misma equivoqueza, ese mismo desequilibramiento, con caracteres típicamente catastróficos.

Cada 98 de España, cada fracaso político de España, es una muestra palmaria de ellos, como ya hemos indicado, como no nos cansaríamos de reiterar, con una insistencia pragmática e implacable.

Pero hay un fenómeno en la política nacional de España (ya veremos que, también, en otras políticas erradas del mundo) el más revelador de esa bastardía, de esa bipartición, y es el fenómeno de haber escindido las fuerzas del cuerpo nacional en dos secciones hostiles y contrarias: en dos manos enemigas: la derecha y la izquierda.

¿Qué endiablada división es esa de derechas e izquierdas en la estructura corporal e integérrima de un país?

¿Quién habla de izquierdas ni de derechas, en el siglo maximalista de España, en pleno siglo XVI? ¿No sirven—pleno siglo XVI—las dos manos de España a una misma corporeidad en perfecta colaboración?

Este angustioso certamen de las manos en la política española de tres siglos suicidas, me hizo escribir un día reciente una especie de profecía que yo llamé: "Mi Oráculo Manual". Permitidme que transcriba este oráculo:

"Las manos de un Robinsón representan casi todo. Ya que hasta las ideas tienen un Robinsón que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vivir. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límites, tras la fatiga de la

jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinsón las palmas propias de sus manos, ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cuál la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterálica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilateralizadas.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, de servir a un todo; a un sistema cerrado, a una vida en marcha totalitaria: la del Robinsón frente al Cosmos.

El Robinsón recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—, en discordia con las manos de otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Todopoderoso, la diestra, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, zurda, torpe, mano del diablo: mano siniestra.

A veces era la izquierda quien todo quería asumir en el sistema manual del cuerpo robinsónico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio integérrimo, la incompletéz de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

Pero este método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda los sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la izquierda se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidadas las manos de sus particulares destinos, colaborasen fielmente conmigo en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, dí en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas, ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas, de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto integral.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximos hospitio dextras*. Y Tácito: *Dextras concordia insignia*. Es lo que quiso realizar luego el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que